



## “Si quieres ser perfecto”

Queridos,  
escribo esta carta de Pentecostés mientras en muchas comunidades de nuestra Orden se prepara la reunión de nuestro Sínodo meditando sobre el tema “¿Somos fieles a nuestra vocación?”, animados por una carta del Capítulo de la Congregación Brasileña.

En las comunidades de los diferentes continentes que he visitado en los últimos meses, he visto que dialogar partiendo de esta pregunta permite un intercambio profundo de experiencias, y hace crecer en las comunidades un deseo renovado de ayudarnos a vivir con fidelidad la llamada que Dios nos dirige hoy. El Señor continúa llamándonos desde lo profundo de nuestro carisma plurisecular, como a través de las voces y testimonios que en este tiempo renuevan para nosotros su “¡Sígueme!”.

¿Qué representa la voz del Papa Francisco sino una invitación de Cristo a renovar la fidelidad a nuestra vocación y misión? El Papa nos recuerda a todos los consagrados que no nos es lícito hacer distinciones entre nuestra vocación religiosa y el grito de ayuda que se levanta desde todos los rincones de la tierra, desde las “periferias” geográficas, sociales, culturales y espirituales en las que el hombre contemporáneo vaga sin patria, sin casa, sin familia, sin amor, expuesto a tantos egoísmos agresivos y sin escrúpulos, tanto los de los poderosos, como también los que, como virus invisibles, anidan en nuestros corazones, en nuestro modo de pensar y de vivir, de tratar a las personas y las cosas.

### No perder la pregunta

La pregunta sobre la fidelidad a nuestra vocación, como decía, está trabajando en profundidad en tantos miembros y comunidades de la Orden. En un encuentro con los jóvenes profesos en Etiopía, uno de ellos dijo que esta pregunta le había impedido dormir por la noche, pues le interpelaba en gran manera.

En efecto, para muchos, esta pregunta es como una sorpresa, porque ya no estamos habituados a planteárnosla, y a planteárnosla cada día. Sabemos que san Bernardo, como relata Guillermo de San-Thierry, «tenía siempre en el corazón y con frecuencia en la boca, estas palabras: “Bernardo, Bernardo, ¿a qué has venido?”» (*Vita Prima* 1,4). Comprendía que solo planteándose siempre esta pregunta se puede vivir de forma que nuestra vocación responda a la llamada del Señor. Porque en esto consiste la infidelidad, en continuar un camino sin acordarnos más de por qué lo estamos recorriendo. Como Judas, que en un cierto punto comenzó a estar con Jesús por el

dinero que sustraía de la caja común o esperando que Jesús se convirtiese en el rey de los Judíos. La traición comienza cuando Cristo deja de ser la razón última de nuestro estar con Él.

Hoy ponemos más fácilmente en duda la vocación que nuestra fidelidad a ella. Pasar la vida preguntándonos si de verdad tenemos la vocación en la que nos hemos empeñado es un ejercicio estéril, pero no debemos nunca cansarnos de preguntarnos si somos de verdad fieles a ella y qué conversión de nosotros mismos se hace necesaria hoy para crecer en esta fidelidad.

Ninguno de nosotros, lo sabemos bien, consigue ser verdaderamente fiel. Pero lo importante es permanecer mirando y escuchando al Señor, contando más con Su fidelidad en llamarnos que con la nuestra de responderle. Lo importante es mantenernos en la escucha de la Palabra de Dios, con el deseo de dejarnos conducir allí donde el Señor quiere llevarnos.

Las primeras palabras de la Regla de san Benito, “¡Escucha, hijo!” (Pról. 1), definen toda nuestra vida como una *vocación*. La llamada de Dios es una palabra eterna, es Cristo mismo, el Verbo del Padre. Para nosotros, “escuchar” significa vivir animados por la voz de Dios, caminar a la luz de Su presencia que nos llama. “Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero”, dice el salmo 118 (v. 105). Cuando se percibe la llamada del Señor, no se puede vivir más que escuchando su voz. Simón Pedro lo intuyó enseguida cuando dijo a Jesús: “Pero en tu palabra echaré las redes” (Lc 5,5). Esto ha permitido a Jesús llevar a cabo el milagro de la pesca milagrosa, que para Pedro fue símbolo de la máxima fecundidad que tendría su vida caminando *en la palabra del Señor*, escuchando Su llamada. También nosotros, cada uno según la vocación que Dios ha elegido para él, tendremos siempre la experiencia de una fecundidad misteriosa y maravillosa de nuestra existencia si continuamente renovamos la fidelidad a escuchar aquí y ahora al Señor que nos llama.

## **Llamados por la Belleza**

Ser llamados es siempre una experiencia de belleza, incluso cuando el Señor nos llama a hacer elecciones o renunciaciones que parecen mortificar nuestra vida. El joven rico se marchó triste porque su miedo a renunciar a las riquezas traicionaba la belleza extraordinaria de Jesús que lo llamaba mirándolo con amor (cfr. Mc 10,21). La belleza reclama, atrae. Nuestra vocación es bella porque en ella somos atraídos por la belleza de un Dios que nos conoce personalmente, hasta el punto de llamarnos por nuestro nombre y tener sobre cada uno de nosotros un proyecto exclusivo, que ningún otro podrá realizar en nuestro lugar; sobre todo el proyecto por excelencia de Dios, que es el deseo de ser amado por nosotros como Él nos ama.

En el Prólogo de la Regla, san Benito exulta de admiración por la belleza de nuestra vocación: “¿Qué hay más dulce para nosotros, queridos hermanos, que esta voz del Señor que nos invita?” (Pról. 19).

Es como si en medio de un discurso sobre la vida monástica san Benito se hubiese detenido, alzando la mirada, con el rostro radiante, exclamando fuerte: “Hermanos, ¡qué hermosa es nuestra vocación! ¡Qué hermoso ser llamados! Aún más: *invitados* por Dios a ser suyos, a vivir con Él y para Él, en una vida que ya no es la que habíamos calculado nosotros, sino una vida nueva, ¡liberada de los lazos de nuestra mezquindad!”

Y esta llamada es una *voz*. No solo una palabra, que podría llegarnos también a través de otras personas u otros medios. Es la voz del Señor, es el Señor mismo el que nos habla, el que nos invita, el que se dirige personalmente a nuestra libertad de responder o no a Su deseo de darnos la vida.

San Benito nos convoca a todos, llamándonos “*fratres carissimi* – hermanos queridos”, a compartir su alegría, que es la alegría de los santos. Que el Señor llame a cada uno, es una alegría para todos, una alegría para compartir, de modo que sea cada vez más grande. Es la alegría del buen pastor que, cuando ha encontrado su oveja perdida, llama a todos a celebrarlo con él (cfr. Lc 15,6). Pero para san Benito la alegría es primeramente por haber sido encontrados por Cristo buen Pastor. Cuando Jesús nos llama, cuando nos alcanza su voz que pronuncia nuestro nombre, nos damos cuenta que nos ha encontrado, que estábamos perdidos y Él nos ha encontrado para dar un sentido y una morada a nuestra vida.

El bautismo es esta llamada dulcísima en la que la voz de Dios pronuncia nuestro nombre y nos invita a vivir con Él y para Él en su Cuerpo que es la Iglesia. La vida de todo bautizado es una vida llamada por Dios, y toda vocación particular no hace más que hacernos oír de un modo más nítido la voz que da sentido a nuestra existencia.

Pero la vocación, como dice Benito, es y permanece siempre *una invitación*. Una invitación no es una orden de marchar para ir al servicio militar. La invitación es una propuesta hecha a nuestra libertad. La invitación es un misterio suspendido entre dos libertades, porque aquél que nos invita se expone, desarmado, a la libertad del otro de aceptar o rechazar. Aquel que invita se coloca en una situación de debilidad, de vulnerabilidad, con respecto al otro. Dios ha elegido esta forma para llamarnos a corresponder a su proyecto de amor sobre nosotros y sobre todos. Por esto, san Benito utiliza el término “dulce” para definir la voz que nos llama. Es siempre el Señor “manso y humilde de corazón” (Mt 11,29) que nos llama a seguirlo.

Este humilde amor de Cristo que nos llama con ternura es la belleza de nuestra vocación. Jesús mismo es la belleza de nuestra vocación, de toda vocación cristiana. Vivimos con fidelidad nuestra vocación si la vivimos bajo la fascinación constante de la presencia y de la voz del Señor. La verdadera fidelidad es el reflejo de la presencia de Cristo, el eco de su voz, la irradiación de su amor sobre nuestras personas, sobre las comunidades, y sobre el prójimo que encontramos.

Una vocación es bella cuando no pierde el asombro que grita a Cristo: “Tú eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia” (Sal 44,3). El esplendor de su Rostro, la dulce gracia de su Palabra debería ser la fuente siempre viva y vivificante de nuestra fidelidad. Y el camino de nuestra vida, vivida siguiendo su llamada, se convierte entonces en el poema que canta la belleza de Cristo: “Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey; mi lengua es ágil pluma de escribano” (Sal 44,2).

La belleza de nuestra vocación es el reflejo en nosotros y a través de nosotros, de la presencia de Cristo que nos llama por nuestro nombre. Así pues, el poema que componemos para Él puede ser también de una sola palabra, de una sola mirada, o de una sonrisa. La belleza de un solo acto de amor. Como María Magdalena que grita: “*Rabbuni!*” (Jn 20,16); como Tomás, que confiesa: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20,28); o Juan, que exclama: “¡Es el Señor!” (Jn 21,7).

## **Dejar todo por Él**

¿Existe de verdad esta belleza en nosotros y en nuestras comunidades? ¿Somos fieles a la belleza de nuestra vocación que es el mismo Cristo? ¿Se da en nosotros y entre nosotros la alegría de ser llamados por Cristo a seguirlo? ¿No somos por otra parte como tantos “jóvenes ricos” en el momento en el que rechazamos con tristeza dejar todo por Jesús?

«Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: “Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ¡luego ven! ¡Sígueme!” Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (Mc 10,21-22).

Con frecuencia olvidamos que entre la llamada de Cristo y nuestro seguimiento hay un espacio de libertad. Cuando entramos en el monasterio, como en cualquier otra forma de vocación, en el fondo no seguimos aún a Cristo, porque todavía no hemos dejado todo por Él. Sin embargo, nos comportamos como si, una vez entrados, o una vez hecha la Profesión, hubiésemos completado la renuncia a todo por Él, y entonces pretendemos seguirlo sin preocuparnos ya de vender lo que tenemos para darlo a los pobres. Quizá hemos dejado de verdad todos los bienes que teníamos, pero no nos preocupamos de dejar también los bienes que encontramos o recibimos en el monasterio que, con frecuencia, son más de los que teníamos antes. Pensamos que podemos vivir nuestra vocación sin tener que renunciar ya a nada.

En realidad, todos aquellos a los que llama, permanecen hasta el final bajo la mirada llena de amor de Cristo que nos repite constantemente y en toda ocasión: “Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ¡luego ven! ¡Sígueme!” (Mt 19,21).

Cristo pide esencialmente este discernimiento vocacional: la disponibilidad a renunciar por Él. Después de dos parábolas sobre el cálculo prudente de los medios necesarios para llevar a término la construcción de una torre o para vencer en una guerra, Jesús sorprende a todos diciendo que para ser sus discípulos lo que debemos "calcular" es la disponibilidad a renunciar a todos nuestros bienes (cfr. Lc 14,25-33).

¿No nos pide esto también san Benito? Pero es como si nos hubiésemos acostumbrado a leer la Regla censurando sus exigencias. Como si san Benito no nos pidiese ya más educar nuestra voluntad a amar a través de la disciplina de la obediencia y del servicio fraterno. Como si no nos pidiese ya más limitar a lo necesario la posesión y el uso de los bienes, pensando ante todo en los pobres. Como si no nos pidiese ya más disciplinar los contactos externos, incluidos los que se hacen a través de los medios de comunicación actuales, con sincera transparencia. Como si no nos pidiese ya más educar la palabra con el silencio y la escucha. Como si no insistiese ya más en la necesidad de ser fieles a los tiempos y a los lugares de la oración común para crecer en la relación con Dios. Como si no nos dijese ya más que el reposo y el sueño están al servicio de la vigilancia en la oración, y que la comida y la bebida no deben apagar el hambre y la sed de la Palabra de Dios. Para san Benito, incluso el trabajo, no es un fin en sí mismo, sino que se convierte en fecundo si se aprende a detenerse para la Obra de Dios. En realidad, toda la Regla, nos acompaña en un camino cada vez más libre de renuncia a todo para seguir a Jesús.

Bien, ¡admitámoslo!, es precisamente en esta renuncia para permitir solamente a Cristo llevar a cumplimiento nuestra vida, en la que estamos más en crisis. Y es de ahí de donde proviene tanto la tristeza del joven rico del Evangelio como la nuestra.

## **Reparar las ruinas**

En las últimas semanas me he encontrado hablando en varias ocasiones con otros superiores de graves infidelidades que emergen en no pocas comunidades de la Orden. Estas infidelidades son frecuentemente el resultado extremo, a veces trágico, del rechazo a vivir nuestra vocación aceptando renunciar por Cristo a los bienes, a los afectos, a los propios proyectos, a las propias comodidades, al propio orgullo. Y hablando con estos superiores, nacía en nosotros la conciencia de que ha llegado el tiempo de asumir todos juntos la responsabilidad de esta situación. Si en una familia hay enfermos graves, o miembros que se pierden o corrompen, no es posible cruzarse de brazos, o quedarse mirando, con indiferencia.

Pero ¿cómo ayudarnos?

Cristo no nos pide otra cosa o más de aquello a lo que nos ha llamado: la renuncia a nosotros mismos y a todo por Él. Y esto es justamente lo que repara y reedifica nuestra casa, la Orden, la Iglesia, e incluso la sociedad en ruina.

Cuando Pedro lo niega, Jesús se dio la vuelta para mirarlo (Lc 22,61). ¿Cómo fue esta mirada? Ciertamente fue la misma mirada con la que Jesús miró, amó y llamó al joven rico. Y en la mirada del Señor, Pedro vio que para reparar su infidelidad, Jesús iba a

morir en la Cruz, Jesús renunciaba a todo por él, Pedro, y por todos. La renuncia a sí mismo, cuando es verdadera, es un vacío que el Espíritu Santo llena de caridad, y la caridad restaura todo, repara todo, reedifica todo.

La renuncia para corresponder al amor de Cristo no es nunca negativa, no es una disminución, porque abre al don de la libertad de amar, de dar la vida. Y esta es la perfección, el cumplimiento de toda vida y vocación. ¡Cuántos bellos testimonios de esto encontramos, gracias a Dios, en la Orden y en la Iglesia! Renunciar por Cristo, quiere siempre decir disminuir para crecer, privarnos para poseer, morir para vivir. Jesús no nos pide nunca renunciar sino para preferirle a Él, el Señor de la vida. Cuando Cristo pidió al joven rico que vendiera todo para dárselo a los pobres, se lo pedía para unirlo totalmente a Sí mismo, porque el dar todo a los pobres no era solo una condición para adherirse a Cristo: era ya adhesión a Él, porque todo aquello que hacemos a los pobres se lo hacemos a Él, como dirá en la parábola del juicio final de Mateo 25,31-46.

Así pues, queridos hermanos y hermanas, la Orden tiene necesidad urgente de volver a encontrar esta libertad, este amor, esta adhesión real a Cristo. Y que esto sea el ideal que propongamos a los jóvenes y que formemos en ellos. Necesitamos de personas y comunidades que se decidan por el camino de una conversión, de una *conversatio morum*, que responda día a día con alegría a la petición de dejar todo por Cristo.

Ciertamente, es imposible dejar todo de verdad. Pero lo importante es la conciencia personal y común de que es esencial para nuestra vocación caminar en una senda de renuncia a nosotros mismos que no termina nunca, y que permanece siempre ante nosotros como el ideal de nuestra vocación, porque el ideal es Jesús, que por amor de nuestro amor nos pide este sacrificio, llevar esta cruz, dejarnos tomar cada vez más por Él y para Él. San Pedro, aunque había dejado todo desde el principio para seguir a Cristo, tuvo que comprender que la renuncia no era nunca perfecta, y que se cumpliría solamente en el momento de la muerte: «“Cuando seas viejo, extenderás las manos, y otro te ceñirá y te llevará donde tú no quieras”. Esto lo dijo para indicar con qué muerte habría de glorificar a Dios» (Jn 21,18b-19a). Tras estas palabras, Jesús dijo a Pedro: “¡Sígueme!” (21,19b). Pedro comprendió que seguir a Jesús quería decir consagrar cada instante de su vida a prepararse para este don total, y a tender libremente las manos para acoger la gracia de ser tomado más allá de los límites de la propia voluntad y libertad. ¡Cuántos mártires nos dan hoy este testimonio!

Para reparar nuestra Casa, no es necesario recurrir a gestos y oraciones extraordinarios. Basta con que cada uno ofrezca la humilde fidelidad de cada día de dar a Cristo la renuncia a nosotros mismos para amarlo, que Él nos mendiga con amor. Y los monjes y las monjas más frágiles, las comunidades más precarias, por el número, la edad, la enfermedad, son las que mejor pueden contribuir a esta renovación. Necesitamos que tiendan las manos por todos, dejándose prender por la renuncia que purifica de tantos deseos mundanos de poder, éxito, admiración, para

que la Orden verdaderamente glorifique a Dios y no a sí misma. Nosotros querríamos glorificar a Dios con la vida y, sin embargo, Él se hace glorificar por nuestra muerte (cfr. Jn 21,19). Porque en Cristo, la verdadera vida es la resurrección de Aquél que ha muerto por nosotros. No nos preocupemos de pedir a Dios muchas vocaciones: pidamos *una sola vocación*, la nuestra, la de nuestra comunidad y de la Orden, la vocación a la que Cristo nos invita, y que la vivimos en la belleza esponsal de dejarlo todo por Él, cuyo modelo perfecto es la Virgen María.

## **Ven Padre de los pobres**

Os propongo a todos, a la luz del misterio de Pentecostés, dejarnos habitar por la mirada amante y mendicante de Jesús, mientras nos dice y repite cada día: “Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ¡luego ven! ¡Sígueme!” (Mt 19,21), para ofrecer a Dios y a nuestros hermanos y hermanas una vida que tienda constantemente a querer darles todo, aunque esto es imposible sin el don del Espíritu.

El Espíritu Santo arde del deseo de liberarnos de todo lo que no corresponde al Señor que nos llama. Nos quiere liberar de la tristeza de no saber dejar todo por Él. Precisamente por esto, san Benito nos invita a vivir las renunciaciones de la Cuaresma “*cum gaudio Sancti Spiritus* – en la alegría del Espíritu Santo” (RB 49,6). El Espíritu es la alegría divina de darse completamente por los demás. La alegría del Magnificat de María, después de consagrarse totalmente al Señor y a servir a Isabel en su necesidad.

Sé que en la Orden, muchos, como yo, rezan con frecuencia la secuencia de Pentecostés, *Veni Sancte Spiritus*, para abrirse uno mismo y a los demás al Paráclito, al “Padre de los pobres”, para que venga a renovar y a reavivar todo lo que hay de cansado, triste, sucio, árido, herido, corrupto, y para que gustemos ya el “*perenne gaudium*” de seguir a Cristo con toda la vida. Esta oración nos anuncia que el Espíritu Santo puede siempre intervenir en nuestras miserias y fragilidades, incluso en las culpables, si humildemente se las presentamos. Nuestras miserias son las manos vacías que Dios quiere ver abiertas ante Él, incluso si están sucias y temblorosas, para llenarlas de la novedad que brota siempre de su gracia. Necesitamos más que nunca sentirnos unidos en este gesto de súplica y acogida humilde, llenos de fe y de esperanza, para ser colmados de la belleza más plena de nuestra vocación: ¡la caridad!

Os abrazo fraternalmente,



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General OCist